RHADAMISTO Y ZENOBIA,

TRAGEDIA FRANCESA.

DE *MONSIEUR* DE CREBILLON:

ESTA PIEZA TIENE LA GLORIA DE HABERSE REPRESENTADO treinta dias seguidos en Paris, como su Autor la de que Luis XV honrase su memoria con el magnífico Monumento que mandó erigirle.

OFRECELA AL TEATRO ESPAÑOL

D. A. B. N.

ACTORES.

Pharásmanes, *Rey de Iberia.*
Rhadamisto, *Rey de Armenia hijo de Pharásmanes.*
Zenobia, *esposa de Rhadamisto baxo del nombre de Ismenia.*
Arsames, *hermano de Rhadamisto.*
Hieron, *Embaxador de Armenia, y confidente de Rhadamisto.*
Nitranes, *Capitan de las Guardias de Pharásmanes.*
Hidaspes, *confidente de Pharásmanes.*
Phenisa, *confidente de Zenobia.*
Guardias.

La Escena es en Arthanisa, Capital de la Iberia, en el Palacio de Pharásmanes.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Zenobia, (*baxo el nombre de Ismenia*) y Phenisa.

Zenobia. Déxame abandonar á mis tristezas,
ó mi amada Phenisa; no mitigas
con tu ruego importuno mi tormento,
ántes lo aumentas, bien que compasiva;
déxame; tu piedad, tus persuasiones,
y aun la vida infelice, que me anima,
de los dolores de la triste Ismenia
son el colmo fatal. ¡ La suerte mia
puede ser mas cruel, ó Dióses justos!

Phen. ¿ Es posible que en lágrimas continuas

hayan de estar bañados vuestros ojos,
y que tantos suspiros á la fina
amistad mia den cuidado siempre ?
En vano el sueño dulcemente os brinda
con el reposo , y la asombrosa noche
tambien en vano á la quietud convida.
Sed insensible á amor en hora buena;
pero sensible sed á las porfias
de mi amistad ¿quál es vuestra desgracia ?
yo no puedo negar que estais cautiva,
mas en unos paises , donde todo
lo sujeta el amor á la divina
hermosura de Ismenia ; no salisteis
de cadenas , sino para la dicha
de aprisionar al grande Rey de Iberia;
¿ y qué mas ? de los Reynos , que domina
este gran vencedor de los Romanos,
quiere haceros Señora ; mas porfia
su amor inútilmente , y ya quejoso
del desden que merecen sus caricias,
se cansa vanamente en obsequiaros;
¿ qué tormentos , rigor , desprecios, iras,
no han provocado su furor ? ya es tiempo
de que correspondais á su excesiva
pasion , ea dexad vuestra dureza,
entónces le vereis como declina
su fiereza en ternura , y sumisiones.

Zeno. Yo conozco mejor que tú , Phenisa,
á ese vencedor bárbaro , á quien quieres
inclinar mi cariño ; aunque publíca
la fama sus victorias , y en su frente
magestad , esplendor , y lustre brillan,
en todo el mundo objeto mas odioso
no puede haber delante de mi vista.
Mucho he tardado en descubrir mi pecho
á la fiel amistad con que me miras,
pero ya es ocasion de que acredite,
quanto estoy á tu amor agradecida.
Preven la admiracion á los sucesos,
que voy á referirte , en cuya vista
no extrañarás ya mas el que procure
darme la muerte. Atiéndeme Phenisa.
Tu me has visto arrastrar duras prisiones,
mas no por esto dexo de ser hija
de la mas alta sangre , que no cede
sino á la de los Dioses , pues si miras
la serie toda de mis ascendientes
no hallarás mas que Reyes en mi línea
ese Rey que extremece á toda la Asia,
y cuya intrepidéz , y valentía
burla los zelos de la augusta Roma,
Pharásmanes, el mismo á quien inclinas
mi corazon, ese tirano monstruo,
hermano es de mi padre , ¡ ó suerte impía !
y pluguiera á los Dioses , que el destino
no añadiese á estos lazos que me ligan
otros mas dulces ; pero el cielo quiso,
que llegase á lo sumo mi desdicha,
quiso que fuese padre de mi esposo,
de Rhadamisto en fin.

Phen. ¡ Vos sois la hija
de Mitridates ! ¡ vos Zenobia ! ¡ó Dioses

Zenob. No lo dudes , Phenisa , sí , la misma :
de largo órden de Reyes descendiente,
resto infeliz de aquella sangre invicta,
ilustre siempre , y siempre desgraciada!
mi padre Mitridates florecia
con su hermano Pharásmanes impío
en un seno de paz la mas tranquila,
á el eco de sus leyes obedientes
las dos Armenias , respetar hacian
el solio de este Príncipe dichoso
entre las mas brillantes monarquías,
muy feliz en efecto Mitridates
hubiera florecido sin la envidia
de su pérfido hermano ; pero léjos
de apoyar sus grandezas, y sus dichas
en usurpar el solio de mi padre
se empeñó de este infiel la vil codicia;
para engañar mas bien á Mitridates
su hijo en la edad mas tierna le confia,
mi amado padre le recibe incauto,
y para ser mi esposo le destina.
Yo ignorando , que en tales apariencias
ocultarse pudiese tal malicia,
te confieso en verdad , que era mi objeto
corresponder amante á sus caricias.

Phen. Sin embargo , jamás hubo en el Asia
Rey de nombre tan grande , y de tan digna
emulacion.

Zenob. Prosigue oyendo atenta.
De quince años la edad aun no cumplida,
mi enlace se trató con Rhadamisto;
ya seguro en sus glorias se creia,
quando contra nosotros conjurado

Pha-

Pharásmanes, qual fiera embravecida
entró en nuestros pacíficos dominios;
Tirídates le sigue, que venia
con deseo de unirse á nuestra sangre,
y de mi mano viendo ya perdidas
todas sus esperanzas, indignado
sembró por todas partes su avaricia
el horror, el desórden, y el espanto.
Para vengar mi padre la perfidia
de su cruel hermano, en Rhadamisto
cargó el golpe terrible de sus iras;
á el soberbio Tirídates ofrece
su corona, y mi mano, en cuya vista,
Rhadamisto irritado de su afrenta,
á esfuerzos de su honor, y valentía
hace huir á Pharásmanes de Armenia,
y á Mitridates de su Reyno priva.
Dueño de estos estados finalmente,
apoderarse solo pretendia
de mi padre infeliz, y con efecto,
á pesar de Numidio, y de la Syria,
obligó á Polyon se le entregase:
yo en tales circunstancias, como hija,
procuré suavizar á Rhadamisto,
salvando de mi padre así la vida.
Juró por fin vencido de mis ruegos,
restituir la Armenia á sus antiguas
leyes en el instante que mi mano
se le diese por premio á sus caricias.
Con estas alagüeñas esperanzas,
yo ansiaba por instantes aquel dia,
en que tuviese efecto nuestro enlace,
mas mi perjuro amante nuestras dichas
cambió en desgracias, pues al punto mismo
que se vió de mí dueño, su osadía
pasó á dar muerte á mi querido padre;
esta inhumanidad al cielo irrita,
y le obliga á llenar de horror, y espanto
de nuestra union fatal el triste dia,
¡qué infeliz Himeneo! ¡santos Dioses!
¡ó qué bárbaro esposo!

Phen. Persuadida
la gente á que vos erais el motivo
de haber dado la muerte compasiva
á su Rey Mitridates, vuestro enlace
miráron con horror.

Zenob. Todos conspiran
á vengar en mi sangre su desgracia,
sin saber que aun yo misma no sabia
de mi padre el destino; en este lance
mil funestas congojas combatian
el pecho de mi esposo; finalmente,
alejando de sí la cobardía,
á pesar del tumulto que le cerca,
hizo la mas cruel carnicería.
„Seguidme, dixo, que estos insolentes,
„que pretenden cortarme la salida,
„no lo han de conseguir.“ Así me hablaba,
y haciendo libre paso su osadía
por medio del tropel que le persigue,
para vengar en él la sangre invicta
de mi padre, me toma entre sus brazos;
así fuerte peleaba y así huia;
pero oprimido al fin de tanta gente,
y volviendo hácia mí triste la vista....
Mas ¡ó dolor! que léjos de contarte
de un esposo infeliz la accion indigna,
justo es que su memoria respetemos;
no me puedo acordar de estas desdichas
sin llorar la desgracia de mi esposo:
¡ay esposo infeliz!... Oye, y admira
la crueldad mas grande; de mi esposo,
de mi esposo cruel la mano misma
me arrojó en el Araxes, fuí en sus aguas,
ya casi enteramente sumergida,
víctima de su amor desesperado.

Phen. ¡O Dioses soberanos! horroriza
aun el oir tan grande atrevimiento;
¡ó qué inhumano esposo!

Zenob. Ya cubrian
mis ojos los horrores de la muerte,
pero el cielo con mano compasiva
me sacó de este riesgo; mas apénas
canto mi libertad, lloro afligida
la desgraciada muerte de mi esposo;
contra nosotros nuestra gente misma
cauteloso Pharásmanes seduxo,
él mismo con zelosa mano indigna,
pretextando vengar á Mitridates,
de su hijo Rhadamisto fué homicida,
dexando á mi dolor libres las riendas,
con gusto abandoné desde aquel dia
mi reposo, mi patria, y mi carácter,
yo ocultando hasta el nombre, peregrina
he corrido la Media; y quando el cielo
parece que benigno pretendia
darme quietud, despues de los diez años
de mi esclavitud triste, y mis fatigas,
Arsámes valeroso con la guerra

todo miauxilio, y mi esperanza quita,
Arsames descendiente de una sangre
para mí tan odiosa, y tan indigna,
Arsames sin embargo amable objeto,
digno de mis cuidados, y caricias,
hijo en fin de Pharásmanes, y hermano
de Rhadamisto.

Phen. Puesto que os obliga
ese Príncipe amante y generoso
con sus prendas y amor, no perjudica,
ni agravia, segun pienso en modo alguno
de vuestro amado esposo á las cenizas,
el que correspondais.

Zenob. Aunque quisiera
ceder en esta parte á lo que dicta
mi amante corazon, la dura ausencia
de esta esperanza los arbitrios quita.
Ocupado en preceptos de su padre,
Arsames vive ausente, y mis desdichas
llegan al colmo, viendo que la Armenia,
cuya posesion solo á mí es debida,
va á caer en los Parthos, ó Romanos,
ó acaso en otras manos mas indignas,
y Pharásmanes lleno de victorias,
ya se apronta á dexar estas provincias.

Phen. Sea este en hora buena su proyecto;
¿ pero quién á sus leyes os limita ?
Huid de él, pues teneis de vuestra parte
todo el poder Romano y la justicia.
Roma ha de decir de las Armenias;
á este fin hoy se espera de la Syria
un Ministro; y pues vuestro es el Imperio,
César defenderá vuestra justicia;
llegad á él por medio de su enviado,
que hoy se aguarda en los muros de Arthanisa.

Zenob. ¿ Y cómo le haré ver mis infortunios ?
¿ Quién crédito dará á una fugitiva,
á una infeliz esclava, aun quando logre
salvarme ?.... ¡ Pero Arsames á mi vista!

SCENA II.

Zenobia, Arsames, Phenisa.

Ars. Permitidme, Señora, que me ofrezca.....

Zenob. ¿ Sois vos Arsames, cuyo brazo invicto
la Albania ha sujetado ?

Arsam. Si Señora,
á mis armas ya todo se ha rendido;
¡ mas ay ! que aunque parece que la gloria
pretende coronarme, es mi destino
el mas cruel; por veros bella Ismenia
dexo mi comision, bien persuadido,
que voy á ser el blanco de las iras
de mi padre tirano; sin su aviso
abandono zeloso los paises,
que dexó á mi cuidado cometidos.
¿ Podré creer, Señora, que mi padre,
sensible solamente á vuestro hechizo,
intenta hoy completar con vuestra mano
sus fortunas ? ¡ Pero ay ! que mi atrevido
proceder ya el silencio lo condena:
perdonad á mi amor este delito;
él Señora me obliga á estos extremos;
bien conozco que hallar gratos oidos
solo á un feliz amante corresponde,
pero yo, que aunque humilde siempre he sido
de vuestro rigor sumo triste objeto,
¡ quánto debo llorar ! ¡ quanto soy digno
de compasion ! mas no obstante, indignado
de la suerte cruel, ó del martirio,
á que estais ya Señora destinada,
me lamento de vos, y de mí mismo,
pues no es ménos zeloso, que infelice
el tierno amor, Ismenia, con que os miro.

Zenob. Con efecto, yo veo en vuestro padre
un incendio voraz, un excesivo
amor hácia esta esclava; mas no obstante
inútilmente esfuerza su cariño
en finas expresiones, que detesto,
á pesar de su bárbaro dominio:
no así, Príncipe amable, son ingratas,
no así las que yo os debo desestimo.

Arsam. A pesar de este fuego que me abrasa,
del rigor mas severo y mas impío
hacedme el blanco, siempre que á mi padre
la mano le negueis; y si el destino
ha de ser para mí tan infelice,
que abandoneis por otro mis cariños,
dad-

dadme rivales, de que impunemente
os ofrezca mi zelo sacrificios....
¿ Mas por qué me detienen los respetos
propios de un reverente, humilde hijo?
no siempre ha de vencer naturaleza
en competencia de un amor tan fino.
Vuestras prendas, Señora, me arrebatan,
vuestro amor me conduce sin arbitrio;
ademas, ¿qué sé yo las crueldades,
de que seria objeto compasivo,
si lograse mi padre vuestra mano?
No es este solo el bien de que me privo,
pues la Armenia, resuelta finalmente
á sacudir un yugo tan iniquo,
pretende elegir Rey; y se declaran,
por su enviado Hieron, todos propicios
en mi favor; Señora, este homenaje
deseaba ofreceros mi cariño;
mas un rival tan fiero, un cruel padre,
se empeña en usurparme estos dominios,
y vuestra posesion, que es la mas dulce;
¡ó padre de este nombre poco digno!
prívame enhorabuena de la Armenia,
mas concede á mi amor goce tranquilo
los encantos de Ismenia; este bien solo,
es el que, justos Dioses, os suplico.

Zen. ¡ Qué zozobras me trae vuestra fineza!
por infelíz que fuese mi destino,
yo á lo menos gozaba del reposo,
pero vuestros cuidados, y cariños
llenan mi corazon de sobresaltos.
¿ Y qué esperais, Señor, de amor tan vivo?
¿ conviene tal fineza á una cautiva?
mas concedamos que el amor mas fino
nos une cariñosos; ¡ de Himeneo
jamás Señor el lazo podrá unirnos.
No es el Rey solo vuestro rival fiero;
á pesar de su amor, y su dominio,
una ley rigurosa, indispensable,
os debe reprimir vuestro cariño....
¿ Mas qué escucho? Señor, el Rey se acerca:
por mí su entrada temo, y por vos mismo.

ESCENA III.

Pharásmanes, Zenobia, Arsames, Mitranes, Hidaspes, Phenisa, Guardias.

Phar. ¿ Qué es lo que miro? ¡ en Arthanisa Arsames!
¿ qué objeto le conduce? hablad, Señora;
¿ quándo yo el Rey ignoro su venida,
Arsames á mi corte venir osa?
¿ Arsames junto á vos? ¡ quánto sospecho,
quánto da en que entender vuestra zozobra!
vos, á quien he fiado mi venganza,
comision la mas grande, y mas gloriosa,
decid, Príncipe, ¿ qué moveros pudo,
qué objeto, qué designio, sin mi propia
órden os ha traido á mi Palacio?

Ars. Si conmigo teneis ya la victoria
sobre vuestros contrarios; ¿ es posible
qué receleis, Señor, de mi persona?
¿qué sospecha os produce mi venida,
quando mi zelo, y lealtad os constan?
creed, Señor, pues me hallo en vuestra corte,
que están sujetas las rebeldes tropas.
¿ Quándo entre riesgos lauros os adquiero,
quando aclama la fama mis victorias,
por premio en fin, Señor, de mis servicios,
desprecios hallo, quando espero glorias?
Comprehendiendo que Roma, y que la Syria
amenazaban á la Iberia toda,
que Corbulon se armaba presuroso,
vuestro hijo conducido de su honra,
viene en vuestro socorro, no dudando
hallar una acogida generosa;
esperaba, que abriesen en palacio,
para ofrecerme á vos, y en esta hora
hallo, Señor, á Ismenia.

Phar. Poco teme
mi espíritu guerrero á Syria toda,
á Roma, y Corbulon; de estos rebeldes
ya estoy acostumbrado á las victorias;
yo

yo no puedo aprobar vuestra venida,
ni los servicios, que alegais, la abonan;
porque decidme, Príncipe, ¿ese obsequio,
que tanto blasonais, es otra cosa,
que obligacion de un hijo y fiel vasallo?
vuestra venida no dudeis que borra
quanto zelo hasta aquí me acreditasteis;
sabed que solo sirve su memoria
de que el Rey no castigue cruelmente
los ocultos proyectos que él ignora:
mas sean los que fuesen, id á Colchos
á pagar vuestro amor; y desde ahora
el que veais á Ismenia sobre todo
os prohibo; sabed que su persona
es ya igual á la mia; mi amor sumo
desde hoy la va á elevar á la grande honra
de Reyna de la Iberia; con su mano
hoy completa mi amor sus dichas todas;
la que ántes vuestra esclava, es vuestra Reyna;
ya con esto os he dicho, que zelosa
no sufre mi presencia vuestra vista;
ea marchad.

ESCENA IV.

Pharásmanes, Zenobia, Mitranes, Hidaspes, Guardias.

Zen. ¿Y que derecho abona
de vuestro amor empeño tan violento?
inútil es la oferta generosa,
con que me honrais; mi amor no se conquista,
ni se puede vencer con la corona;
además, ¿qué sabeis si ya mi suerte
ha dispuesto que sea de otro esposa?
¿qué sabeis si mi sangre me permite
escuchar vuestras ansias amorosas?

Phar. Con efecto, yo ignoro vuestro orígen;
mas aunque él sea tal que corresponda
á las prendas brillantes que os ilustran,
mi nombre es tan glorioso, que blasona
igualarse á los Dioses; vanamente
al rigor añadís artificiosas
disculpas, porque al fin ello es forzoso
obedecerme: las gestiones todas
de un fino amor con vos he practicado;
para obligaros no usé del idioma
imperioso de Rey, sí el de un amante;
pero irritado ya, desde esta hora
me valgo del poder de Soberano;
teme pues el rigor, que tú provocas,
y vive persuadida, á que no obstante
el grande imperio de que amor blasona,
jamás los Reyes han acostumbrado
hallar tal resistencia; bien te consta
mi amor, y mi poder; mas sin embargo,
aun temo tus repulsas; la traydora
venida de mi hijo es la que causa
el gran desprecio, con que desdeñosa
pagas mi amor ardiente; pero teme
que los zelos voraces, que me ahogan,
en la muerte de un hijo temerario,
no venguen los agravios que ocasiona.

ESCENA V.

Zenobia, Phenisa.

Zen. Pues se empeñan, tyrano, tus rigores
probar mi débil fuerza, y mis desprecios,
teme que amor valido de mis brazos
no te cause los males que él me ha hecho.
¿A que espero ya mas? Amado padre,
¡Qué! ¿de vengarnos ya no llegó el tiempo?
querido esposo, pues tambien tu fuiste
del rigor de Pharásmanes objeto,
venid ámbos, venid á socorrerme,
llenad mi corazon del valor vuestro....
Pero no, mejor es que la venganza
del valeroso Arsames la fiemos;
el bárbaro homicidio de mi padre,
aquella atrocidad, con que á sus zelos
sacrificó á su hermano, y á su hijo,
no se puede expiar sin el azero
de otro hijo vengador: ve pues Phenisa,
y sin manifestarle mis secretos,
dirás á Arsames, que la triste Ismenia
implora su piedad: que el mensajero
de Roma se espera hoy en Arthanisa,
y que de él me consiga el valimiento:
píntale el cetro augusto de la Armenia,
pondérale los males que padezco;

y haz que al deseo de reynar posponga;
de un hijo tan humilde los respetos:
porque se compadezca finalmente.
retrátale mi mal, mi desconsuelo:
¿ quién mejor que el amor ha de vengarme,
de los daños que el mismo amos ha hecho ?

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Rhadamisto , Hieron.

Hier. ¿ Se engañan mis sentidos , ó es acaso
el que yo estoy mirando Rhadamisto ?
¡ Qué es esto cielos ! ¿ hoy me dais la dicha
de que vea á mi Príncipe querido ?
Quándo todos ya lloran vuestra muerte,
¿ cómo , Señor , os hallo en este sitio ?
Rhad. O mi amigo Hieron , ¡ pluguiera al cielo,
que me hubiera quitado compasivo
con el cetro , la vida juntamente !
mas los Dioses me dexan , por castigo
de mis atrocidades , una vida
llena toda de horror , y de martyrios:
léjos de complacerte con mi vista,
muy propio en un vasallo, no soy digno
sino de que me mires como á un hombre,
á quien los Dioses , y los hombres mismos
deben tratar con el rigor mas grande:
un delinqüente como yo , es indigno
de tu amistad , Hieron , y aun de la vida;
solo objeto de horror , exemplo vivo
de la desgracia : infiel amante , ingrato,
perjuro , y parricida : estos delitos
me harian creer , que el cielo no castiga
si los remordimientos repetidos
no me afligieran.
Hier. Tales sentimientos
son de vuestra virtud efecto digno;
pero advertid , Señor , que Mitrídates
á vuestros procederes dió el motivo,
pues faltando á la fé que era debida,
pretextando vengarse , su designio
fué imponeros la ley.
Rhad. No , no disculpe
tu amistad los errores cometidos,
ántes pretendo que de Mitridates
me pintes la desgracia , y los delitos
que cometí en aquel funesto dia;
aquel dia infeliz , aquel repito,
en que sacrifiqué tanto inocente:
pinta mi horror en cada sacrificio.
Quiero darte , Hieron , que Mitridates
de mi rigor zeloso fuese digno;
Pero dime , ¿ Zenobia , mi Zenobia
qué causa dió para un cruel castigo?
Te llenaras de horror , te extremecieras,
y tú mismo á pesar de tu cariño,
dieras muerte á este barbáro , sabiendo
á qué extremo llegó el furor indigno
de mis zelos. Escucha mis errores....
Pero ya los públíca el llanto mio.
Hier. Igualmente que vos yo penetrado
del dolor que os aflige , no exâmino,
Señor , si sois culpable , pero creo,
segun los sentimientos , que en vos miro
que es vuestra culpa ; ya es forzoso
templar vuestro dolor ; ahora os suplíco
digais el cruel caso....
Rhad. ¿ Cómo puedo
referirte sucesos tan impíos,
que mi sangre se hiela á su memoria ?
mas escucha. Bien sabes fiel amigo,
los daños que causó esta mano fiera;
tambien viste que el pueblo seducido
me arrebató en el Templo osadamente
la amable prenda que me dió el destino,
y á pesar de los riesgos , tambien sabes,
que pude recobrarla , mas porfio
inútilmente huir ; pinta tú ahora
mi desesperacion en este sitio.
Quise darme la muerte ; mas Zenobia
envuelta en tiernos llantos , y suspiros,
mil veces me abrazó , y me dixo amante
quanto inspira el amor mas expresivo.
¡ Ah , Hieron ! ¡ qué recuerdo tan funesto !
objeto mas hermoso no lo han visto
mis ojos ; pero léjos de causarme
ternura , y sentimiento , solo hizo
aumentarme los zelos : ¿ es posible
qué mi muerte , decia entre mí mismo
ase-

asegure á Tirídates su gloria?
¡qué se ha de apoderar hoy este indigno
de mi Zenobia hermosa! así decia,
y lleno de un furor el mas impío,
la arrojé en el Araxes, y en sus aguas
labré bárbaramente su suplicio,
llenando así de horror el dia triste
de nuestro enlace.
Hier. ¡O Dioses, qué destino
ageno de una Reyna, amable objeto
de vuestro corazon!
Rhad. Ya perseguidos,
sin amparo, privado de mis gentes,
se aumentó mi furor, y en tal conflicto
resuelvo en fin morir desesperado:
indigno de vivir, me precipito
entre el pueblo furioso, que un vil padre,
temible mucho mas que mi enemigo,
excitaba cruel, solicitando
el fin tyrano de su triste hijo:
iba ya á perecer lleno de heridas,
quando indignado al ver tantos impíos
un batallon Romano, que de Syria
en venganza del Rey difunto vino,
me arrebató sangriento de sus manos,
y Çorbulon su Capitan, el mismo
que venia resuelto á darme muerte,
de mi valor prendado, ó compasivo
me libertó del riesgo en que me hallaba,
á pesar del furor, con que me irrito:
sensible á sus favores, mas no obstante
ocultando mi orígen: oprimido
del continuado horror de mi memoria:
mas que nunca voráz el fuego vivo
de mi infeliz amor, para tormento
de aquel cruel, y bárbaro delito,
que cometí en la muerte de Zenobia:
así, Hieron, con el dolor continuo
de mi triste memoria, temeroso
del dia, y de la noche, entre suspiros
he pasado la vida; pero ansiando
buscar mi gloria en medio del peligro,
á Corbulon confio mi fortuna:
juzgaba yo que aquel furor antiguo
se me hubiera apagado en los diez años
que he vivido en el Asia, mas no amigo,
pues apénas comprehendo que la Armenia
pretendia imponerse un yugo iniquo,
que mi padre en secreto meditaba
á fuerza de las armas su dominio,
quando siento en mi pecho que renace
mi gloria, y mi valor enfurecido:
á Corbulon en fin me manifiesto,
le descubro mi orígen, y le obligo,
á que de Roma Embaxador me nombren
contra un padre cruel, soberbio, impío.
Hier. Y baxo de este nombre ¿qué esperanza
podeis formar? ¿quál es vuestro designio?
¿olvidais ya los riesgos, en que os puso
de venganza el espíritu atrevido?
temed, Señor, arrojo tan violento,
no querais ya buscar mas precipicios.
Rhad. Un hombre como yo, lleno de furia,
criminal sin objeto, y sin designio
virtuoso, abandonado enteramente
á dolores crueles, y continuos,
¿conocerá, Hieron, los grandes riesgos
á que se precipita? combatido
mi infelíz corazon por varias partes,
sin amar la virtud, pero enemigo
de la culpa, y error, víctima triste
de un amor desgraciado, los delitos
no sabe detestar, aunque se postra
á los remordimientos: ¡caro amigo!
conozco mis errores solamente
para mirarme con horror yô mismo.
Ignoro en este lance quien me empeña,
si es desesperacion, si el amor fino,
ó el aborrecimiento. ¿Qué me resta,
Dioses justos, despues de haber perdido
mi adorable Zenobia? Nada quiero;
y ya desesperado solo aspiro
á vengarme de la naturaleza:
yo no sé que veneno se ha extendido
por mi corazon todo: aquí pretendo
hallar al autor bárbaro é impío
de mis desgracias, porque aunque es mi padre,
de este amor natural ahora me olvido:
aquí, Hieron, acreditar pretenden
los Dioses su justicia en mi castigo:
aquí me aguarda el golpe de la muerte
que tanto tiempo ha estado suspendido,
y ojalá que no hubieran retardado
en cortar de mi vida el triste hilo.
Hier. No provoques la cólera del cielo,

huid,

huid, Señor, huid el precipicio,
temple el amor de hijo esos ardores,
sabed que para vos es este sitio
sagrado; y si por fin estais resuelto
á la venganza, fuera del recinto
de Iberia es donde debe executarse:
á la Armenia, Señor, volved conmigo.

Rhad. No es tiempo de eso no, porque ya es fuerza,
que se cumplan los hados impropicios:
ó morir, ó servir á los Romanos;
ya es preciso vengarme, no hay arbitrio:
Roma en mí deposita sus derechos,
cierta de que contra este Rey temido
nada perdonaré, pues de este modo
se restauran los suyos y los mios:
así huir quiere una dudosa guerra,
que tantas veces vergonzosa ha sido
al orgullo Romano, y sus proyectos
de la Armenia conspiran al dominio:
César me ha declarado Rey de Armenia,
porque siendo bastante conocido
el furor de mi padre, no recela
que entre los dos se encienda un fuego vivo
de discordia: y que yo destruya á Iberia,
asegurando así el apetecido
reyno de Armenia. Tal es la conducta
de Roma, que pretende por el hijo
arruinar á su padre, y de este modo
hacerse formidable á su enemigo:
á mi venganza fia sus derechos,
por aumentar injusta sus dominios;
y así me envia, no con el semblante
de Embaxador, sí de un enfurecido,
que abandonado todo á sus furores,
llegará sin recelo al parricidio.
Su política es esta, y sin embargo,
desesperado yo me precipito:
enemigo de Roma, y de la Iberia
vuelvo, Hieron á el horroroso sitio
dó ví la luz primera.

Hier. Pues yo enviado
igualmente que vos, mas con distinto
objeto, en mí la Armenia deposita
sus fueros todos, siendo su designio
ofrecer este cetro á vuestro hermano.
A pesar nuestro vuestro padre impío
aspira á esta corona; pero vengo
á annunciarle que en vano su dominio
solicita. ¿Mas no obstante la ausencia
no temeis que os conozca?....

Rhad. No me ha visto
desde mi tierna edad mi cruel padre,
y segun su fiereza no imagino,
que la naturaleza le recuerde
de su hijo el semblante.... Hácia este sitio
se va acercando el Rey, disimulemos:
á su vista mi zelo vengativo,
y mi furor se aumenta por instantes:
¡Qué violencia me cuesta reprimirlo!

ESCENA II.

Pharásmanes, Rhadamisto, Hieron, Mitranes, Hidaspes, Guardias.

Rhadam. Roma triunfante que de tantos Reyes,
su política, y armas la hacen dueño,
á vos me envia, y penetrando sabia
aun vuestros mas recónditos proyectos,
su voluntad suprema hoy os anuncia:
Neron, Señor, no ignora el gran respeto,
que á vuestra Magestad es tan debido,
Roma sabe el lugar, que os habeis hecho
entre los mas gloriosos vencedores,
no obstante su valor, admira el vuestro;
mas tambien conoceis el poder grande
de sus armas; y así temed sus zelos,
temed el provocar sus justas iras:
sus aliados, mejor diré sujetos
los de Armenia, de Roma estan pendientes
aguardando la suerte de su cetro:
vos lo sabeis, Señor; y sin embargo,
vuestros soldados marchan ya soberbios,
desde el Cáucaso al Phases caudaloso,
los contornos del Ciro están cubiertos
de vuestros combatientes; indignada
la augusta Roma de un atrevimiento,
que en ningun otro Rey ha conocido,
aunque no ha interrumpido los progresos

de nuestras armas, con perjuicio acaso
de sus indisputables privilegios,
y aunque haya abandonado á la Tigrania,
y á la Media tambien, su nombre excelso
no le permite abandonar la Armenia;
y así en nombre de César os prevengo,
que no oseis dirigir vuestras conquistas
hácia el Araxes, pues de tal exceso
tomará la venganza que le dicte
su honor, su gloria, y corazon guerrero.

Pharásm. Aunque desprecio tales amenazas,
confieso que al oiros me sorprehendo.
¿Con qué valor, Romano, habeis venido
á intimarme de César los decretos?
¿y cómo se persuade, que olvidando
mis valerosos, mis gloriosos hechos,
Roma instruida bien de mis victorias,
como digo se cree, que mas respeto
yo he de guardar con sus Embaxadores,
que con la misma Roma, quando veo
que en mi corte me insultan? yo repito,
que sujetando aun invencibles pueblos,
tantas veces burlé el poder Romano,
hice temblar los Reyes mas soberbios,
á esos Parthos famosos, que hoy infunden
á los fuertes Romanos tanto miedo:
¿esa Roma triunfante ya no ha visto
mis triunfos, y postrado su ardimiento?
¿No ha vengado el terror de mis hazañas
el orgullo de muchos Reyes fieros?
¿Y qué al fin os conduce á estos paises?
¿Es de la guerra acaso el rompimiento?
Pues ya veis que Neron no se ha engañado
en la idea que forma de mi reyno;
hasta los cortesanos que me sirven,
toda mi corte, mi palacio mesmo
un fausto rústico es el que respira,
y la naturaleza aquí en su seno
nada abriga, que cebe la avaricia
de los Romanos; solamente hierro,
y soldados produce en vez del oro:
mas ahorremos discursos; si mi objeto,
como decís, ha penetrado Roma,
y puede estorbar todos mis progresos,
¿por qué no ha prevenido ya sus tropas?
¿no sabe combatir sino por medio
de sus Embaxadores? con las armas,
es con lo que se impide el gran proyecto
de pasar yo à la Armenia, no con vanos,
y frívolos discursos, muy agenos
de los Romanos, quando abrir camino
á fuerza de las armas es mi intento:
y puede ser que llegue hasta el Eufrates,
desafiando á Corbulon soberbio.

Hier. Aunque Roma atendiendo á vuestras leyes, (*á Pharásmanes.*
nos permitiera la eleccion del cetro,
nunca espere, Señor, vuestra codicia,
que en su favor se expliquen los Armenios.
En tal caso los Parthos envidiosos
y los Romanos respirando zelos,
dieran contra nosotros: hoy la Armenia,
abandonada toda al sentimiento
de sus miserias, mas que un Rey procura
un padre, que la sirva de consuelo:
la paz ansian, Señor, nuestras provincias,
y siendo vos el Rey no la tendremos:
Artaxates admira vuestras prendas;
pero vuestra ambicion no admira ménos:
la Armenia necesita Soberanos
neutrales à los Parthos, y sujetos
á el imperio Romano; finalmente,
pretender conquistarnos es lo mesmo,
que querer nuestra ruina.

Phar. Del discurso
tan en vano que formais, yo bien penetro
la ambiciosa política que os mueve;
conozco vuestro espíritu altanero;
pues lo quereis, declárese la guerra,
y los de Armenia advertirán bien presto
quien ha de dar la ley, si ha de ser Roma,
ó si á mí pertenece este derecho.
de mi hijo y hermano ya difuntos,
¿quién ha de succeder en el Imperio?

Rhad. ¡Quién! vos, Señor, que fuisteis su homicida,
vos debeis succederles en el Reyno?

Pharásm. ¡En mi corte me insultan!....

ola Guardias...

Hier. ¿ Qué es lo que haceis, Señor? tened respeto
á los Embaxadores.

Pharásm. Pues dad gracias
á ese nombre sagrado, que venero,
con que Neron os honra; mas bien pronto
vengaré con rigor el mas sangriento
vuestra grande osadía; y sin embargo,
creedme, y à pesar del nombre vuestro
mi cólera evitad, volved hoy mismo
à instruir á Neron en el aspecto,
con que yo he recibido su embaxada.

ESCENA III.

Rhadamisto, Hieron.

Hier. ¿Qué atentado? Señor, ¿ cómo haceis eso?

Rhad. Hieron, yo no he podido contenerme:
ademas, que aseguro mis intentos
su cólera irritando: no me resta
para llenar de Roma los deseos,
mas que turbar la Iberia, y cauteloso
atraer un partido, que soberbio
conserva cierto Rey en esta corte,
pretendiendo de Iberia hacerse dueño:
de Pharásmanes todos los vasallos
disgustados de ver que les ha expuesto
su ambicion sola à tan terrible guerra,
enemigos son suyos en secreto;
sus espíritus, pues, ya conmovidos,
mas y mas irritarlos procuremos;
atraigamos tambien á su hijo Arsames
para vengarnos de su padre fiero;
pues un padre cruel, un Rey tan malo,
no merece tener hijo tan bueno.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Rhadamisto solo.

¡Mi hermano solicita hablarme á solas!
¿ Si me conocerá? pero veamos
que es lo que intenta: todo se aventure.
¡O Dioses vengadores! ya ha empezado
mi altivo corazon à lisonjearse
de una dulce esperanza: no, mi hermano
no me hablaria á solas si un vil padre
no le hiciera cruel mudar los rasgos
de su respeto, y sumision.... ¡ Ay triste!

Arsames sale à este tiempo.

¡ O víctima infeliz! ¡ ó Rey tirano!
no soy solo el objeto de tus iras.

ESCENA II.

Rhadamisto, Arsames.

Arsam. Señor, sin quebrantar vuestro sagrado,
¿ podré hablaros con toda confianza?
¿ podré esperar que Roma oiga mi llanto,
y no confunda al padre con el hijo?

Rhadam. Aunque el Rey mi respeto ha profanado,
Roma, á quien son notorias vuestras prendas,
su favor está pronta á dispensaros.

Arsam. ¡ Quánto temo, Señor, que en este dia,
mudareis de concepto al ver que os hablo!
Con efecto, por grande que se muestre
el dolor que me aflige, yo quebranto
de la fidelidad las santas leyes:
declarada la guerra, aun en miraros
soy traidor á mi padre, y á mi patria;
bien lo estoy conociendo, y sin embargo
hoy me obliga á implorar vuestros favores
un padre rigoroso, un Rey tirano,
zeloso de mis dichas. No pretendo,
aunque tan delinqüente, que mis daños
se venguen con la muerte de mi padre:
aunque de su rigor sea yo el blanco,
respeto sus hazañas tan gloriosas;
su furor es verdad, que ha sofocado
el amor natural aun de su sangre;
bien probó su impiedad mi triste hermano,
digno por su valor de mejor suerte....
¡ Ay de mí, qué dolor me está causando

le memoria infeliz de su desgracia!
su mismo padre fué, quien inhumano
le dió muerte cruel; igual destino
sin duda que me está ya amenazando,
pues ¿por qué he de esperar mejor fortuna,
siendo mejor que yo mi triste hermano?
mas no es, Señor, el miedo de la muerte
el que me trae à vos, otro cuidado
me conduce á implorar vuestras piedades.

Rhad. Príncipe, hablad, seguro de mi amparo.
Movido aun más que vos contra esa fiera,
y de vuestra virtud todo prendado,
de vuestras penas entro yo á la parte:
templarais el dolor sabiendo quanto
me intereso por vos: hablad sin miedo:
¿quereis que se armen todos los Romanos?
pues vivid persuadido á que mi pecho
de una misma venganza está animado;
¿quereis que se conquisten los Armenias,
y rendirlas á vos? habladme claro.

Arsam. ¡Qué agenos son de un hijo los consejos,
que me acabais de de dar! ¿yo quebrantando
la fe á mi patria, y á mi Rey debidas,
he de mover contra ellos los Romanos?
si á costa de traicion tan alevosa
se han de cumplir mis votos, ya no aguardo
de vos favor alguno; permitidme
que en el estado triste, en que me hallo,
busque la proteccion de la gran Roma,
en cuya humanidad los desgraciados
logran igual apoyo que en los Dioses:
una esclava infeliz, á quien el hado
tiene cautiva en manos de mi padre,
es la que busca en mí todo su amparo:
una esclava infeliz, mas tan amable,
tan digna de otra suerte, que juzgando
su cuna por las prendas que la ilustran,
no se puede dudar su origen alto;
esta es, Señor, mi bien, mis dichas todas,
y el solo objeto á quien mi amor consagro;
mas mi padre cruel pretende, ¡ay triste!
del amor de esta esclava penetrado,
privarme de este bien, que solamente
mi felicidad era, y mis cuidados.
En esta situacion solo me resta,
librarla del poder de este tirano,
aunque prive á mi vista de un objeto
tan digno de mi amor, y tan amado.

Rhadam. Yo os ofrezco el asilo que dar puede
un hombre casi solo en Reyno extraño.

Arsam. Y es lo único, Señor, que yo deseo;
voy pues á disponer lo necesario
para la marcha. No sé quien me inspira
un consuelo interior en el quebranto
de alexar de mi vista el solo objeto,
en cuyo triste amor todo me abraso:
sin duda que el dolor templa la dicha
de ponerla, Señor, en vuestras manos.
Y en premio de un favor tan excesivo,
¿qué os podrá retornar un desgraciado?
Nada puedo ofreceros, solamente
del bien que haceis el mismo bien es pago.

Rhadam. Ni pretendo otra cosa; solo quiero
me trateis para siempre como á hermano:
dignaos hacerlo así, Príncipe amable.
Mas decidme, por qué estais empeñado
en sufrir de un vil padre los rigores?
¿Por qué así abandonais el dulce encanto
de vuestro corazon? Venid conmigo,
venid á Roma, pues mi amor agravio
en dexaros expuesto á los insultos
de vuestro padre: si supierais quanto
me intereso por vos, no recelarais
descubrir vuestro pecho, y aun acaso
acompañarme á Roma.

Arsam. Yo no puedo
seguir unos consejos temerarios,
é indignos de los dos: mi Rey, mi padre
mañana parte á Armenia, y á su lado
llevar pretende su adorable objeto:
ella misma impaciente espera hablaros.
A Dios Príncipe.

ES-

ESCENA III.

Rhadamisto solo.

¿ Así, bárbaro padre,
contra tu sangre así te has declarado ?
Pues teme que esta misma, tantas veces
cruelmente ultrajada por tus manos,
contra tí se declare ; aunque es tan grande
la virtud, y el respeto de mi hermano,
ya el amor le domina, y no respeta
este fuego voraz los mas sagrados
vínculos de amistad, y aun de la sangre....
¿ Pero qué es lo qué digo ? intento es vano
de Arsames seducir el pecho noble...
¿ Merecias un hijo tan contrario
á tus bárbaras máximas ? ¡ ah padre !
tu acrecientas sus zelos ; sin embargo,
él cada vez es mas sumiso, ¡ ó Dioses !
¡ qué exemplos de virtud me da mi hermano !
imitémosle pues ; ¿ pero qué digo ?
nuestro insensible padre me está dando
de su fiereza exemplos ; y el derecho
con respeto á los padres no es mas santo,
que el que éstos deben á sus mismos hijos....
Mas ya viene Hieron.

ESCENA IV.

Rhadamisto, Hieron.

Rhad. Amigo amado,
se frustró mi esperanza : no hallo arbitrio
de seducir á Arsames : ¿ qué esperamos
quando aun el amor mismo no le vence?
¡ qué grande es su virtud ; y que contrarios
todos sus procederes á los mios !
vamos pues que ya el Rey se ha preparado
para marchar á Armenia, vamos pronto,
cumplamos mi destino : ya no aguardo
mas que á la bella esclava, á quien mi padre
con mil ansias desea dar su mano.
Hier. Mirad, Señor....
Rhad. No, no hay que persuadirme:
puede ser contribuya este atentado,
á mis vastos proyectos : esta esclava,
cuyo mérito grande es el encanto
de mi padre cruel, será un garante,
que interesará mucho á los Romanos.
Ademas, ¿ cómo puedo yo negarme
á los instantes ruegos de un hermano
tan digno de mi amor ?... Mas ya se acerca.
Retírate, Hieron, y guarda el paso,
miéntras hablo con ella.
Hier. Os obedezco.

ESCENA V.

Rhadamisto, Zenobia.

Zen. Señor, hoy una esclava, á quien los hados
tienen presa en poder de un Rey injusto,
implora la piedad de los Romanos.
¿ Qué ocupacion mas digna de unos heroes
dueños del mundo, que enjugar el llanto
de esta esclava infeliz ?
Rhad. ¡ Ay de mí triste !
¡ qué escucho ! ¡ ay infeliz ! ¡ qué estoy mirando!
Zen. ¿ Qué turbacion, Señor, es la que os causa...
Rhad. ¡ Dioses justos !... Si no hubiera privado
de aquella amable vida en el Araxes.....
Zen. ¿ Qué enigma es este, Dioses, ó que encanto ?
¿Qué objeto se presenta hoy á mis ojos?
¡ Memorias infelices, desgraciados
recuerdos de aquel tiempo!.... ya las fuerzas
me faltan á la vista de un tan raro
prodigio : disipad mis confusiones,
sacadme ya, Señor, del sobresalto.
Rhad. No hay que dudarlo, no, Zenobia es esta.

á Zenobia.

Victima de un amor desesperado,
de un esposo cruel, cuyo delito

todo de horror me llena al contemplarlo
decidme finalmente, ¿ sois Zenobia ?

Zen. Zenobia soy, cruel, mas no he dexado
de amarte con fineza como á esposo.

Rhad. Yo he sido, lo confieso, un inhumano,
un traydor, un perjuro, un parricida,
¡ pluguiera al cielo hubieras olvidado
mis delitos atroces, y hasta el nombre
cruel de Rhadamisto ! ¡ cielo santo !
pues me restituis hoy una esposa
tan amable, ¿ por qué no la habeis dado
otro esposo mas digno de sus prendas?
¡ ó Dioses! que sin duda penetrados,
de mis remordimientos, y desgracias,
me dais el gran consuelo no esperado
de ver á mi Zenobia... pero ¡ay triste !
¿ donde la encuentro? ¿ y cómo? en el palacio
de un Rey el mas cruel; entre prisiones:
¡ó victima infeliz!... ¡mas ay ! ¿ llorando
están tus bellos ojos ? ¿ qué motivo.....

Zen. ¿ Cómo no he de llorar en este infausto
momento ? si los Dioses compasivos,
hubieran permitido que tus manos,
solamente en la sangre de tu esposa,
bien que inocente, hubiesen explicado
tu furor vil, mi corazon entónces
rebosando alegría, y celebrando
tal vez extremos de tu amor zeloso,
mis dichas completara entre tus brazos:
mas no por esto dexo de mirarte
con el amor de esposa; yo te amo,
querido esposo mio.

Rhad. ¡ O virtud suma !
¡ó noble corazon ! teniendo tantos
motivos de mirarme con enojo,
no solo aborrece á este inhumano,
sino que le ama... No te compadezcas,
mi Zenobia, tu esposo desgraciado,
tu esposo mismo pide la venganza:

Arrodíllase.

puesto á tus pies, querida esposa, aguardo
castigues de una vez mis crueldades:
hiere mi pecho, venga tus agravios:
toma mi espada misma; no te turbes,
advierte que mis culpas perdonando
te haces cómplice en ellas; hiere, acaba,
derrema ya la sangre de este ingrato;
¿ qué te detiene pues ?... ¡ mas ay ¡ no olvides,
que enmedio de mi furia te he amado
como á mi único objeto: sí, Zenobia
tu tierno amor, los zelos me empeñáron
en las atrocidades, que detesto,
y con horror ya miro.

Zen. Perdonado
estás; levanta, y sabe que los cielos
el castigo de objetos tan amados
no han dexado al arbitrio de los hombres.
Desde este mismo instante te acompaño:
dispon ya de tu esposa, que celebra
ver tu arrepentimiento, no dudando
nace de tu virtud. ¡ O si la Armenia
este exemplo imitara, y en tus manos
depositára el cetro ! ¡ qué felíces,
que felíces serian los trabajos
de tu amante Zenobia, si algun dia
pudieran ser de exemplo á tus vasallos!

Rhad. Cielo justo ! ¿ es creible que Himeneo
uniese con los vínculos sagrados
tanta virtud como en Zenobia admiran
á los vicios que en mí causan espanto
¡Es posible que pueda lisonjearme,
de que la cruel muerte que yo he dado
á tu padre infelíz, de que el cariño,
en que se abrasa el pecho de mi hermano,
ese Príncipe amante, y generoso,
no te hagan detestar á este malvado?
¿ Qué en fin me amas, y antepones fiel
el amor de tu esposo á los alhagos..
del virtuoso Arsames ?. . ¿mas qué digo?
puede ser que éste logre afortunado
tu dulce, y libre amor, quando yo temo
que si me hablas amante, será acaso
por mostrarte obediente á las estrechas
leyes del matrimonio.

Zen. Temerario,
dexa esa vil sospecha, ó á lo ménos
sofócala en tu seno, y hazte cargo,
que si mi pecho supo perdonarte,
dudar de su constancia es agraviarlo.

Rhad. Perdona, amada, y fiel esposa mia,

¿

á mi funesto amor los zelos vanos,
con que te agravia ¡ quánto mas indigno
es tu esposo de tí, tanto mas hallo
que debes perdonarle: amada esposa,
suspende tus enojos, y mis pasos
dígnate ya seguir: vamos á Armenia,
de cuyo cetro Cesar me ha nombrado
Señor: la fama de mi nombre horrible
harán se desvanezca mis contrarios
procederes. En este mismo sitio
me puedes aguardar, miéntras yo hablo
á mi enemigo padre, nada resta
ya para nuestra marcha; en breve rato
la noche ayudará nuestros designios.
A mi amigo Hieron, que es el enviado
de la Armenia, fiar muy bien se puede
nuestro proyecto. ¡ Dioses soberanos,
dadme un corazon tal, qual corresponde
á el favor que me haceis de que en mis brazos
vea otra vez á mi Zenobia amada!
A Dios esposa.
Zen. A Dios, esposo amado.

ACTO QUARTO.

ESCENA I.

Zenobia, Phenisa.

Phen. Deteneos Señora; ¿qué no puedo
saber de vuestras penas yo la causa?
¿Yo que á vuestra fineza he merecido
las mas interesantes confianzas,
he de ignorar quien mueve vuestro llanto?
Arsames va á morir, Arsames marcha:
desterrado de Ibèria, y persuadido
á que vos no le amais, ya se prepara
á llorar vuestra pérdida en la Isla
de Colchos. ¿ Suspirais ? ¡ qué ! ¿ sus desgracias
excitan vuestras lágrimas ? Señora,
¿ os debe Arsames generoso tanta
ternura ?
Zen. Déxame: léjos, Phenisa,
de fiar mi dolor, ¡ ó si lograra
borrar con estas lágrimas su afrenta!
No interrumpas que libremente salgan
mi llanto, y mis suspiros.... Esta noche
del enviado de Roma acompañada,
voy á salir de Iberia. A Dios: Phenisa,
déxame sola.

ESCENA II.

Zenobia sola.

¡ O noche mas que infausta!
¿ á dónde voy ? ¿ á dónde me conduce
una obligacion ciega ? Soberanas
deidades, ¡ ó qué triste es mi destino!
Aquí estoy esperando... ¿ á quién ?.... El alma
se extremece al pensarlo; á un homicida,
á un perjuro, á un hombre que las santas
leyes de la naturaleza ha quebrantado:
¿ he olvidado acaso que su rabia
sacrificó á mi padre ?.... ¿ Mas qué digo?
de Arsames el amor, en que se abrasa
mi corazon indigno, es quien me obliga
á este furor extraño; él me retrata
los vicios de mi esposo: yo seria
mas delinqüente que él, sino apagára
este amor tan injusto: sofoquemos
de Arsames la violenta, infeliz llama:
mi esposo ha de reynar solo en mi pecho:
por bárbaro que sea, nos enlaza
un nudo indisoluble; es un presente,
con que los santos Dioses me regalan,
y me impiden mirarle con enojos:
y aun por esto ¡ ay de mí ! no sé que extraña,
y tierna conmocion sentí á su vista:
tiene un grande poder sobre las almas
virtuosas Himeneo.... ¿Mas quién viene?
Arsames es.

ESCENA III.

Zenobia, Arsames.

Ars. ¿ Qué estrella afortunada
me dexa veros otra vez, Señora ?
Zen. Ay Arsames quizá será contraria.
Huid

Huid de mí si acaso amais la vida.

Ars. ¿ Qué en fin está mi muerte decretada ?
Pues que os pierdo , Señora , ¿qué me sirve
la vida ? no la quiero ; solo aguarda
el infeliz Arsames , que los Dioses
le concedan morir á vuestras plantas.
Si lograra la dicha , amable Ismenia,
de que correspondieseis á mis ansias,
moriria gustoso... ¿ Mas qué es esto ?
¡ Qué ! ¿ vos llorais ? ¿ os mueve mi desgracia ?

Zen. ¡ Ah , Señor ! sofocad en vuestro pecho
ese funesto amor que os arrebata.
Vos veis mi turbacion : compadeceos
de esta infelíz , que se halla precisada
á pediros que huyais ; temed las iras
del mas fuerte rival : si alguna gracia
hallé yo en vuestros ojos concededme
este favor que os pido con instancias.

Ars. ¿ Pues hay otro rival que temer pueda
ademas de mi padre ?

Zen. ¿ Y qué , no basta
para haceros temer , quando no haya otro ?
Huid , Señor , el llanto que derraman
mis ojos infelices os conmueva.

Ars. ¿ Si el enviado de Roma á sus palabras
faltará ? ¡ ó Dioses ! ¿ si será acaso este
el rival tan temible ? ¡ qué desgracia !
¡ rivales siempre , y nunca ser amado !
Amable Ismenia , es vana la esperanza
de que yo os abandone ; yo no puedo.
Dignaos decirme pues , qual es la causa
de que os vea otra vez en este sitio.
Hablad , Señora , ¿ por ventura faltan
á la fé prometida los Romanos ?
¿ Posible es que mi amor de vos no alcanza
de ese funesto llanto los motivos ?
¿Para no amarme , es fuerza ser ingrata,
y ser impía ?

Zen. Arsames , no , no es digno
mi corazon sensible de la infamia,
con que vos lo tratais ; no , no es ingrato:
en prueba de ello ved , que ya os declara
el secreto mas grande... Ya la suerte
de mi mano ha dispuesto.

Ars. ¡ Soberanas deidades !

Zen. El Romano , en cuyo auxílio
vuestro corazon noble confiaba,
ese mismo es mi esposo.

Ars. ¡ Ay desgraciado !
César , César el mismo me arrebata.

Zen. Calmad vuestro furor : mi amado esposo
no es digno de esa cólera irritada,
y sí de compasion ; aunque temible
con él un dulce vínculo os enlaza:
finalmente sabed , que es Rhadamisto.

Ars. ¡ Mi hermano !

Zen. Sí , el dueño de mi alma.

Ars. ¡ O Dioses ! ¡ vos Zenobia ! Yo mi pecho
un amor tan culpable fomentaba ?
¿ Qué me decís , Señora ? ¿ Es este el pago,
qué reservabais á mis tiernas ansias ?

Zen. Bien sabeis resistí quanto es posible
este secreto : ved la confianza
que me debeis : el nombre de Zenobia
su honor atenta á conservar sin mancha,
os obliga á apagar esos incendios,
que si ántes eran gratos , hoy le agravian...
¿ Mas quién abre la puerta ?... Huid Arsames,
mi esposo es.

ESCENA IV.

Rhadamisto , Zenobia , Arsames , Hieron.

Rhad. ¿Mi hermano á solas habla Apart.
con Zenobia ?... Hieron , vete á esperarme.

vase Hieron.

Señora , todo está para la marcha
prevenido , ninguna cosa resta

mas que los breves ratos, que ya tardan
de la noche.

Zen. Pues todo está dispuesto,
nada aquí me detiene: de esta esclava
determinad, Señor, á vuestro arbitrio,
á vuestras leyes todo se consagra
mi corazon.

Rhad. ¡ Ah pérfido!... Instruido *Aparte.*
Príncipe, del rigor que os amenaza,
en vista del furor de vuestro padre,
veros en este sitio no esperaba;
mas resuelto á dexar ya para siempre
el adorable objeto que os encanta,
quereis lograr los últimos instantes,
á pesar de la muerte que os prepara.

Ars. Este gusto, Señor, este momento
no es fácil lo malogre quien bien ama.
Ya veo llegó el tiempo, en que sofoque
esta dulce pasion, en que arde la alma?
mas ántes de alexaros, permitidme,
os diga francamente lo que extraña
mi corazon idioma tan zeloso,
tan impropio, y tan otro del que osaba
vuestra suma bondad en este sitio,
quando en vos puse toda mi esperanza.
Ese rival, que me pintais terrible,
no me da que temer si se compara
con vos: ya no es posible contenerme:
mi fino corazon de gozo salta:
vanamente me esfuerzo á reprimirlo:
y así como mi pecho se declara,
¿por qué me habeis negado, hermano mio,
la dicha de abrazarte? llega, abraza,
tu hermano soy, depon ese semblante:
¿es, dí, esa turbacion ocasionada
de que amé tiernamente á tu Zenobia?
perdóname, pues sabes que ignoraba
quién fuese.

Rhad. ¿Con qué en fin te ha revelado
Zenobia este secreto? ¿en fin quebranta
una fé, en que mi vida se interesa?
No puedo aprobar yo la confianza,
que debes á Zenobia, y á mi exemplo
bien sabes, que debia reservarla:
yo no sé que recele de mi esposa,
quando es infiel, quando á un secreto falta.

Ars. ¿Como dí, hermano, á producir te atreves
sospecha tan indigna, y temeraria?
¿Como....

Zen. Dexad, Señor, que así se explique:
rezelos viles, y sospechas vanas
son dignas del esposo de Zenobia:
aun no le conoceis: puesto que ultrajas
mi fé con zelos, Rhádamisto, escucha.
¿De qué te quexas? dí, ¿de qué me ama
tu hermano? Aunque así sea, aunque le amase,
¿yo te ofendía? ¿Arsames te agraviaba?
¿No quedé árbitra yo de mi cariño,
de tu muerte esparcida ya la fama?
Himeneo, es verdad, nos unió amantes;
¿mas qué accion fundas tú sobre esta alianza?
Acuérdate, cruel, de que mataste
á mi padre infelíz, de que á las aguas
del Araxes tú mismo me arrojaste,
recorre, si es posible las desgracias
de que fuistes autor, y entónces juzga,
si á tus cenizas justo fue guardarlas
una fé sin violar hasta el sepulcro.
Arsames, sí, tu hermano me estimaba;
pero zelosa yo de que tu nombre
corriese libremente sin la infamia
de tu vil proceder, y atrocidades,
me debiste el estudio de ocultarlas:
no por esto pretendo persuadirte,
á que yo me ofendí de la constancia
de tu hermano: le amé, sí, lo confieso:
y esta expresion, que nunca él escuchra,
se la debe á los zelos, con que indigno
mi corazon, mi fé, y amor agravias;
mas aunque así lo ultrajes, mira un rasgo,
que disipa tu vil desconfianza.

á Arsames.

Príncipe, llegó el tiempo, en que es forzoso
olvidar ese, amor; mi real prosapia,
mi conducta, mi nombre, todo, Arsames,

 que

que mi cariño abandoneis os manda:
mi esposo vive, y éste solamente
ha de reynar en mi: si á vuestras ansias
fui sensible algun tiempo, hoy estas mismas
provocarán mi enojo, y mi venganza:
y así, Príncipe, huid de mi presencia,
huid de aqui, temed las amenazas
de una muger amante, á quien da impulso
la fé debida, que á su esposo guarda.

á Rhadamisto.

Tú Rhadamisto, al punto que la noche
sus negras sombras por la tierra esparza,
verás que vuelvo aquí, donde en tus manos
mi libertad pondré, mi vida y alma.
bien penetro tus zelos, mas Zenobia
de su fidelidad asegurada,
no tiene que temer: á tus rezelos
supera su virtud, nada la espanta. *vase.*

Rhad. ¡Qué es esto, Dioses! ¡mi zelosa furia
á un mismo tiempo á mi Zenobia infama,
y á mi hermano! A Dios, Principe, que marcho
á pedir humillándome á sus plantas,
que mi amante Zenóbia me perdone:
perdona tu tambien mi torpe falta.

ESCENA V.

Arsames Solo.

¿En fin, Zenobia mia, amable objeto,
de Arsames para siempre te separas!
Amor, bárbaro amor, ¿Para afligirme
la crueldad fué acaso necesaria
de buscar en mi sangre mi contrario?
huyamos de aquí; huyamos de una estancia
donde todo es horror... pero Mitranes...
¿Qué me querrá?

ESCENA VI.

Arsames, Mitranes, Guardias.

Mitran. Señor, el Rey me manda,
sin que mi humilde ruego haya podido
mitigar su furor...

Ars. Dí pues, acaba.

Mitran. Me ha mandado, Señor, que os lleve preso.

Ars. Está bien, ¿pero sabes porque causa?

Mitran. No comprehendo el motivo; mas yo temo,
Señor, segun su cólera extremada,
que está en grande peligro vuestra vida:
nunca he visto del Rey la adusta cara
tan llena de furor, despide fuego,
su boca espuma, envuelta en amenazas
contra vos, y tambien contra el enviado
de los Romanos, á uno y otro os llama
traidores: finalmente....

Ars. Ya penetro
su designio. ¡Deidades sacrosantas!
¡Cruel destino! llegó el último dia
de este infelíz; pero en congoja tanta,
dadme, ó Dioses, la dicha de que vea
libre á mi hermano, y á su esposa amada.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

Pharásmanes, Hidáspes, Guardias.

Phar. ¿Qué es lo que escucho? Hidaspes, ¿es posible
que en el Príncipe, Arsames, caber pueda
traicion tan alevosa? ¿Mi hijo indigno
tan fiel en otro tiempo, quién creyera
que se habia de unir á mis contrarios?
¿Aquel amable hijo, cuyas fuerzas
eran todo mi asilo contra Roma,
olvida en tal extremo la obediencia,
y la fidelidad debida á un padre?
¡Ah infiel Arsames! el amor de Ismenia
te obliga á ser traidor contra tu Patria,
y contra el Rey tu padre; ¡qué vileza!
mas vanamente, Roma, has seducido
á

á un temerario Príncipe; no creas
de este modo estorbar mis intenciones;
la muerte sola puede contenerlas:
un enemigo mas nada me asusta:
ese proceder vil, Roma, esa ofensa
no hace mas que ofrecer un nuevo objeto
á mi justo furor: no hay diferencia
entre mi hijo, y qualquier otro Romano.
Hidaspes, ¿el enviado de la Armenia
que dice en fin? ¿le obliga la esperanza
de mi favor, ó acaso en el sistema
de los Armenios obstinado insiste?

Hidas. Señor, no he perdonado á diligencia,
que pueda reducirle; pero en vano:
ó bien porque mayor fortuna espera,
ó por desempeñar bien su embaxada,
inútiles han sido las promesas,
que le hice en vuestro nombre.

Pharásm. No hay arbitrio:
es forzoso llevar hasta las puertas
de Roma mi estandarte; y de este modo
vengar de estos tiranos la soberbia.
¡Quánto es lo que aborrezco á los Romanos
el nombre solamente, la presencia
de ese Embaxador vil, todo me irrita:
sin duda de este infiel es la violenta
persuasion, que á mi hijo ha seducido:
no hay que dudarlo, y crece esta sospecha
al ver, que aquí llegáron casi á un tiempo...
¿Pero quién á mi vista se presenta?
El traidor es.

ESCENA II.

Pharásmanes, Arsames, Hidaspes, Mitranes, Guardias.

Pharasm. ¡Ah perfido hijo Arsames!
¿Mas que prorrumpo? puede ser que sea
ya en su interior aleve parricida.
Esclavo de Neron, ¿qué es lo que intentas?
Qué te conduce á este lugar? Hidaspes,
á el enviado de Roma dí que venga.

Vase Hidaspes.

Delante de él espero confundirte,
ó escuchar á lo ménos tus respuestas:
veremos ó traydor, como procuras
indemnizarte á vista de las pruebas,
qué tu traicion convencen; y veremos,
si ese Romano, cómplice en tu afrenta,
con su valor excusa mi venganza.
En vano, Arsames, expondrás aquella
suma fidelidad, y antiguo zelo.

Ars. Con él mismo, Señor, mi fé os venera.

Pharásm. ¡Qué haya podido yo engendrar á un hombre,
que se une á los Romanos, cuya estrella
siempre ha pugnado, siempre con la mia!
¡ó Dioses soberanos! me avergüenza
solamente el pensarlo, me extremece
una memoria tal, de horror me llena.

Ars. Señor, esos ultrajes tan indignos
de mi lealtad suma, nada prueban,
ni son del caso; si es que lo merezco,
aquí está mi garganta ya dispuesta
á sufrir el cuchillo: no lo temo:
ni espereis de vuestro hijo la baxeza
de rogar por su vida; aunque él pudiese
de este modo abatirse, vanas fueran
sus esperanzas: sabe bien Arsames,
que son para su padre las sospechas,
aunque leves, un crímen ya probado;
y quanto mas, Señor, si se hallan estas
en un hijo, á quien miran vuestros ojos
como á rival, y para quien se encierran
vuestros oidos, quando dar procura
satisfaccion á las calumnias vuestras.

Pharásm. ¿Qué tienes que alegar, vil, en tu abono?

Ars. Mi virtud acredita mi inocencia:
si yo fuera traidor, de ningun modo
viniera hoy á buscaros á la Iberia.

Pharásm. ¿Pues si eres tan leal, por qué motivo
á solas hablas con quien no debieras?
¿Es, dí, ser fiel tratar con el Romano,
quando sabes el odio que me alienta?

Una de dos, ó estás premeditando
vengar al Rey tu padre, ó sino piensas
serle traidor, en esto no hallo medio:
¿ Por qué hablas ? di, disipa mis sospechas.

Ars. No me está permitido revelaros
un secreto, Señor, cuya reserva
he jurado á los Dioses vengadores.

ESCENA III.

Pharásmanes, Arsames, Mitranes, Hidaspes, Guardias.

Hidas. El enviado de Roma, y el de Armenia....

Pharásm. ¿ Qué sucede ?

Hid. Han tenido atrevimiento
de robaros de aquí, Señor, á Ismenia.

Pharásm. ¡ O Dioses ! ¡ Ah traidor ! no, ya no esperes
vivir. Mis Guardias todas, que dispersas
estan, ve, Hidaspes, luego á reunirlas.

Hid. Ya todas marchan con veloz carrera
dando alcance al enemigo.

Pharásm. ¡ O Roma, quánto siento que no puedas
ver hoy principio á mi venganza justa !
Hoy de tu Embaxador la triste escena... *va á salir.*

Arsames, deteniéndole.

Padre, y Señor, templad vuestros enojos :
yo no os dexo, aunque aquí mismo muriera :
escuchadme Señor : todo el secreto
mi leal corazon ya os manifiesta.
No es Romano á el que sigue vuestra guardia :
su orígen es mas alto, su ascendencia
aun dentro de esta Corte siempre ha sido,
y será respetada : os conmoviera,
os llenara de horror su infeliz muerte,
llegando á conocer su sangre excelsa;
finalmente sabed, que aquese enviado,
que os arrebata del palacio á Ismenia,
ese mismo es su esposo, y ese mismo.....

Phar. Calla, impostor, que vanamente intentas
apagar el furor que arde en mi pecho.

Arsam. A lo ménos, Señor, mi amor os deba
seguiros; yo os empeño mi palabra
de apoderarme del Romano.

Phar. Cierra,
cierra esa boca, pérfido : Mitranes,
ponle preso en la cárcel mas estrecha.
Tú, Hidaspes, sigueme : hoy ha de ver Roma
una llama del fuego que me alienta.

ESCENA IV.

Arsames, Mitranes, Guardias.

Arsam. ¡ Qué abandoneis, ó Dioses, (mi padre
á el furor que le anima ! ¡ qué hoy la tierra
se ha de llenar de escándalo, y de horrores,
viendo el amor y la naturaleza
objeto triste del rigor mas grande !
¡ Qué desgracia ! ¡ Ay de mí ! que yo debiera
haber manifestado al Rey su hijo !
mas segun su carácter, esta nueva
quizá hubiera aumentado, si és posible
su extremado furor : ¡ noche funesta !
¡ dia fatal ! ¡ ó Dioses ! concededme
morir al punto ; mas mi muerte sea
para salvar à Ismenia, y á su esposo.
Si eres sensible, amigo, á las miserias
de un desgraciado Príncipe, no dudo
que en los breves instantes que me restan
hallaré en tí consuelo : no imagines
que imploro tu piedad, porque con ella
salves mi triste vida, no, Mitranes;
mi objeto sí, es librar la sangre excelsa
del enviado Romano, y de su esposa :
¡ ó Mitranes ! ¡ si tú le conocieras !
á costa de tu vida le salvaras :
sígueme pues, ayúdame á esta empresa,
ó á lo ménos merezcan mis suspiros
me conduzcas del Rey á la presencia.

Mitr. Lo confieso, Señor ; vuestras desgracias,
vuestro dolor mi corazon penetra ;
mas debo obedecer á vuestro padre.

Arsam. No hay arbitrio, mi fe en vano se es-

esfuerza....
¿Pero qué miro el Rey trae en la mano
un sangriento puñal: ¡ó qué tragedia
mi corazon anuncia! mi querido
hermano fué ya víctima sangrienta
de las crueles iras de mi padre:
¡ó Dioses! ó fortuna siempre adversa!

ESCENA V.

Pharásmanes, Arsames, Mitránes, Hidaspes, Guardias.

Pharásmanes, con un puñal en la mano.
Ya he vengado mi injuria: á el enemigo
de mi palacio mismo hallé en las puertas:
tal estrago su furia hizo en mi gente,
que cubrió de cadáveres la tierra:
todos se pasman, y el feroz Romano,
á cuya valentìa daba fuerza
la inaccion de mis guardias, y el deseo
de recobrar á su adorable Ismenia,
dos veces se abanzó hasta mi Palacio,
y al ir á apoderarse de su prenda,
indignado de tal atrevimiento,
à pesar de los suyos que le cercan,
le alcanzó finalmente, y en su pecho
de su osadía este puñal me venga.
Ve Arsames, á partir con el Romano
el premio justo á su traicion horrenda,
marcha á verle acabar su triste vida
entre los brazos de su dulce Ismenia.
Arsam. ! En fin ha muerto! ¡Dioses!
¡Padre mio!
Sed piadoso una vez; herid mis venas:
no os detengais; la vida ya me cansa.
¡Para ser yo testigo de su afrenta, (*ap.*
me concedisteis, Dioses, el que viese
á mi infeliz hermano!....
Pharásm. ¡Por qué muestra
tanto dolor Arsames en la muerte
de un Romano tan vil, quando debiera
celebrarla mejor, viéndose libre
del que decia esposo ser de Ismenia?
¿Quál será pues la causa de su llanto?
¿Qué misterio sus lágrimas encierran?
y lo que es de extrañar, ¿por qué yo
mismo,
á pesar de mi enojo, y mi fiereza
me siento penetrado de su muerte?
oigo una voz, á cuyos ecos tiembla
todo mi corazon. ¡Dioses! ¿qué es
esto?
¡Es tan amable á vos, es tan excelsa,
es tan santa la sangre de un Romano,
que no se vierte sin ofensa vuestra?
¿Quál mi delito ha sido? ¿no me vengo
de un delinqüente, que en mi corte
mesma llegó á insultarme? ¿pues por
qué motivo,
quando vierto su sangre, me penetra
el mismo fatal golpe, que á él le hiere
y en mí parece que la sangre hiela?
Ademas, yo advertí que este Romano,
que avaro de mi sangre le creyera,
quando fuí á dar el golpe se detiene,
y á costa de su vida me respeta:
¡ay Arsames! descúbreme el misterio,
que me conmueve todo, y no me dexa
sosegar un instante; acaba, acaba,
ó muero á impulsos de mi triste idea.
Arsam. ! Ah, Señor! que es en vano ese
quebranto,
que el corazon os parte; mejor fuera
lo alexaseis de vos, y al mismo tiempo
olvidaseis tambien la sangre vuestra.
Pharásm. Habla, Príncipe, ya; tu voz me
causa
un nuevo sentimiento, que me inquieta
y llena de cuidado.... ¿Mas qué veo?
¿qué objeto, Dioses, mi dolor aumenta?

ESCENA ULTIMA.

Pharásmanes, Rhadamisto, Zenobia, Arsames, Hieron, Mitranes, Hidaspes, Phenisa, Guardias.

Pharásm. ¿Qué buscas infeliz, en este
sitio?
Rhad. Los últimos suspiros que me restan,
vengo á darlos, Señor en vuestra vista.
No penseis no, que intento daros quexa
de mi muerte; los Dioses soberanos,
los Dioses, sí, castigan sus ofensas.
Justo era que llegase ya el castigo.
A Dios, Zenobia; ya los Dioses vengan
á Mitridates.
Pharásm. ¿Qué es lo que yo escucho?
qué sangre he derramado! ¿quién cre-
yera

ser

ser este mi hijo? mas ¡ay de mí! ¿qué muerte
podia ocasionarme tantas penas,
y tan cruel zozobra? A mi hijo he muerto:
véngate ya de mí naturaleza.

Rhad. Al ver la sed que vos manifestabais
de mi sangre, la ira, y la fiereza
con que la perseguiste, no dudaba
que conociais era sangre vuestra.

Phar. ¿Para qué lo ocultabas? ¡desgraciado,
infeliz padre!

Rhadam. Tal es la extrañeza,
con que habeis vos tratado á vuestros hijos,
que juzgué en vano daros esta nueva:
y gracias á los Dioses, que no obstante
mi rabia, mi furor, y mi soberbia,
me acordé que erais vos el que me disteis
el ser... ¡Santos Dioses!... ya las fuerzas
me faltan... ¡infeliz!... pero dichoso,
pues si pierdo á Zenobia, el dolor templa
la dicha de que vuelvo á ver mi padre:
no lloreis padre, no, enjugad las tiernas
lágrimas, que derraman vuestros ojos.
Hermano mio, abraza, llega, llega....
Yo muero.... *Cae.*

Zenob. ¡Cielos! si es que la justicia
habiais de mostrar de esta manera,
¿para qué habeis vengado á Mitridates?

Pharásm. ¿Estás ya, dí, fortuna satisfecha?
Arsames, hijo mio, marcha luego,
á honrar el cetro augusto de la Armenia,
lleva contigo á tu Zenobia amada:
Himeneo derrame sobre vuestra
union todas las dichas: mas no obstante
huid de aquí, temed mis inclemencias,
temed mis zelos, no expongais á un padre,
á que otra vez su misma sangre vierta.

Zenobia, y Arsames, á un tiempo.
No permitan los Dioses, que pues quieren
dé á nuestra union principio tal escena,
turbe el pesar las dichas que asegura
nuestra fé nuestro amor, nuestra fineza.

CON LICENCIA.

Barcelona: Por Juan Francisco Piferrer, Impresor de S. M.; véndese en su Librería, administrada por Juan Sellent.